



CAPÍTULO VII

LA BIBLIOTECA

No podría subsistir la escuela moderna sin el auxilio de una adecuada biblioteca. La amplitud de la cultura contemporánea hace del libro un instrumento cuya importancia no sospechó la antigüedad. En ninguna materia se podría hoy avanzar sin material impreso. Por encima de cambios y reformas de métodos, lo que distingue la escuela moderna de la antigua es el caudal libresco de que hoy se dispone. Y por mucho que en determinadas ocasiones el educador y el pensador abominen de los libros y añoren la época del manuscrito, que dejaba libre la mente para trabajar a sus anchas, en realidad no se puede prescindir del libro sino temporalmente y después de haber anegado el alma en los conceptos de toda una biblioteca. Como complemento y material de cursos, una pequeña biblioteca escolar es imprescindible en cada escuela. Como base de enseñanza general y célula de la difusión de la cultura, no se concibe una comunidad sin biblioteca pública. Nos limitaremos, sin embargo, en este capítulo a señalar la exigencia de la biblioteca en la escuela y como parte integrante del programa, en la misma categoría de urgencia que el taller o el aula o el campo de juegos. Aula máxima es la biblioteca y también lugar de recreo del espíritu. En todo el mundo la biblioteca es anexo forzoso y, más bien dicho, porción integrante de una escuela bien dotada. Entre nosotros, la escasez del libro es máxima. Además, por razón del atraso cultural de nuestro idioma en los últimos

tiempos, se hace necesario leer en francés o en inglés para subsanar deficiencias notorias. De suerte que el problema de la lectura se vuelve agudo y no hay otra manera de resolverlo que por medio de la biblioteca, iniciada desde la primaria. Aparte los libros auxiliares de clase, que constituyen más bien la biblioteca del maestro, no es posible concebir una buena escuela sin su dotación de libros de carácter infantil. Obligados nosotros, los mexicanos, a competir por la frontera y aun en el interior del país con la escuela norteamericana, que se adelanta reclutando alumnos para la subrepticia avanzada imperialista, pronto palpamos la desigualdad dolorosa. En materia de literatura infantil la escuela anglosajona es admirable. Y como no se puede defender la lengua ni el patrimonio sin salvar primero el espíritu, no basta con traducir las aventuras de Alicia *in Wonderland*. Es menester inventar las propias historias o tomarlas con gusto propio de las diversas fuentes de la literatura infantil universal. El problema se amplía, pues, de la constitución de una biblioteca infantil a la necesidad de crear los libros que llenarían tal biblioteca. Algunas ediciones se hicieron por cuenta de la Secretaría de Educación, como los dos volúmenes de clásicos infantiles que toman las leyendas célebres del Oriente y el Occidente, de Europa y aun de la América precolombina. Da este libro una visión mundial de la literatura, en vez de la visión sajonizada que se deriva de la simple traducción de los textos extranjeros. Pero es claro que hay trabajo para toda una editorial durante varias décadas si queremos, ya no competir, por lo menos contener la influencia extranjera. Y sólo el gobierno puede emprender obra de esta índole. Con la ventaja en nuestra América de que los esfuerzos de un gobierno se traducen en beneficio de todo el continente hispánico, que puede adquirir a bajo precio las ediciones que en un sitio se hagan. Como quiera que sea, es menester dotar a la escuela de los libros de literatura universal y de información general que hoy son el herraje indispensable a las faenas de la cultura.

Los problemas que suscita la elección de estos libros, principalmente en lo que se refiere a la biblioteca escolar, deberán ser resueltos con el mismo criterio que integra el programa general

de la enseñanza. En cada caso, la difusión del libro va complementando el programa, desde el taller hasta el aula y el teatro o la sala de exhibiciones estéticas. Ninguna rama de la cultura escapa a la exigencia del material escrito. Pero el problema interesante para el pedagogo surge cuando se trata de introducir al niño en el mundo misterioso de la creación libresca. ¿Qué es lo que primero deberá leer? ¿Qué es lo que no deberá leer? ¿Hasta dónde alcanza en cada edad su comprensión y cuál es el método para mejor orientar la selección que ha de operarse entre la multitud de los autores? He aquí cuatro problemas de la biblioteca escolar.

Para responderlos hagamos punto omiso del párvulo, que, como ya apuntamos, tiene su literatura especial de cuentos y fábulas y literatura por la estampa, y trasladémonos del salón de los libros infantiles a la nave mayor de la biblioteca en donde ya tiene acceso el niño. ¿Cuáles son los libros que la escuela pondrá en sus manos? La respuesta, que ya se está haciendo esperar demasiado, es evidente: los clásicos, entendiéndolos por tales las cumbres del espíritu humano a través de los tiempos. Quien vacile, recuerde que toda la escuela antigua no era otra cosa que el empeño de poner en contacto al alumno con el saber clásico. Y nuestra escuela moderna, ocupada todo el día en talleres y aulas de disciplinas especializadas, en canciones y juegos que roban cada instante, apenas dedica una mirada al panorama de la sabiduría. La escuela moderna particularizada no tiene derecho de negar siquiera unas horas para establecer el contacto del niño con la gran literatura. Las lecturas clásicas darán al alumno lo que a menudo la escuela le niega: un destino en proceso. A la objeción apuntada por algunos de que los niños no comprenden los clásicos, responded que una observación atenta descubre que abunda más el talento en la infancia que en el hombre. Algo de genio hay en cada niño, y sólo cuando crecemos nos vamos haciendo tontos. Uno u otro hará excepción. Pero la frescura, la agilidad, la penetración, el pasmo fecundo de la primera edad ya no se recobran. Dejad, pues, que se nutra la mente joven con la esencia más alta del espíritu humano y no con desechos y con interpretaciones.

Alejad al niño de lo subalterno, ya que después, por obligación, tendrá que leer tanto libro mediocre. Enhorabuena que al seleccionar lo que llamamos clásico no se ejercite un criterio de profesor de humanidades; clásicos son los relatos de Swift y los cuentos de Andersen, clásico es el *Quijote* y es clásica también la buena risa. Pero no basta. Lo que el niño en realidad quiere desde la intimidad de su conciencia en alborada es un libro de epopeya. Ningún ensayo pedagógico de los realizados en México ha sido más rotundo que el reparto de la *Iliada* y la *Odisea*. Rápidamente se hicieron libros populares, y ningún niño dejó de amarlos. Por otra parte, a mis críticos les dije: «No estoy haciendo novedad; los niños de Norteamérica entran a la literatura por el vientre del caballo que conquistó a Troya. Y son niños anglosajones. ¿Queréis que un niño latino ignore los antecedentes directos de su cultura?» Algunos pastores protestantes indígenas alegaron que ellos eran aztecas. No me entretuve en decirles que sus maestros, los protestantes de Estados Unidos, se reservan para sí a Homero y al Dante. Quédense ellos entregados a la lectura de Marden. Ahora me dirijo a los 90 millones de hispanoamericanos, libres de bastardaje mental, y les recuerdo que sus antepasados, desde la infancia, gustaban de los clásicos griegos, leían a los latinos, se acercaban a las cumbres del espíritu humano, aunque todavía no poseyesen la máquina de calcular, el tractor de gasolina o el altoparlante. Nada me parece más urgente que acercar a la juventud, desde la infancia, a los grandes modelos de todos los tiempos. No hay mejor cura para la mediocridad de la época. Y no posee la civilización elementos más poderosos de florecimiento que la constante comunión con los valores supremos que ha engendrado la especie. Todo el ambiente de una escuela puede transformarse y ascender con una prudente dosis de buena lectura sólida de clásicos: Homero, Platón, Dante, los universales, y, para nuestro uso, Cervantes, Calderón, Lope de Vega y Galdós, el último grande. Por vía de sugestión cito nombres; cada lista trae de por sí otros aliados y no es excluyente, sino orientadora. En la biblioteca escolar iberoamericana tampoco han de faltar Bello y Sarmiento, Alamán y Martí, Montalvo, Rodó y Ugarte. No añado

etcétera, porque la admisión de nuevos nombres ha de ser objeto de fulguración de sus obras, no resultado de condescendencia y secuencia o de afán de llenar el vacío de los anaqueles. Además, no hablo de la biblioteca en grande, que es también archivo de cultura y debe acogerlo todo, sino de la biblioteca de uso de una escuela, cuya atención está limitada por las tareas diversas y debe, por lo mismo, empeñarse en reconocer únicamente lo máximo.

Sobre lo que no debe leerse no hay quien no construya su *Index*. Las escuelas del Estado no tolerarían escritos antipatrióticos, así contengan la verdad histórica. Aparte los diversos fanatismos, hay, sin embargo, un acuerdo humano general para proscribir la literatura obscena, que tanto daña a la juventud. En este particular, el buen libro, la novela artística y de alta calidad literaria, serán el mejor recurso, mejor que la prohibición para alejar a los jóvenes de los libros vulgares. En la educación del gusto intervendrá el profesor de literatura; los maestros de arte influirán también en la elección de los libros de crítica plástica o musical. No se puede dar una norma fija; pero lo cierto es que el funcionamiento mismo va determinando normas de lectura que establecen hábitos y apuntan métodos. Sólo después de algún manejo de los libros ilustres de la humanidad se tiene derecho de entrar a elegir en persona en la masa de lo publicado. Únicamente la disciplina escolar orienta la lectura de modo que conduzca a la perfección de un panorama extenso, pero ordenado, del saber. La carencia de una disciplina general rigurosa pone al autodidacta en condiciones de inferioridad sobre el escolar. Y una de las funciones más importantes de la escuela es vencer la anarquía de los lectores indoctos. Quien elige al azar no puede, por falta de método, descubrir siquiera sus verdaderas preferencias. Las jerarquías del gusto en literatura y en arte son producto refinado de la especulación y de la sensibilidad. Darlas a conocer, ya que no crearlas, es labor eficaz del maestro. La regla de oro aquí, como en toda estimación del saber, consiste en referirse a las cumbres del alma para tomar el nivel del esfuerzo y del libro. Si se juzga poesía, piénsese en Dante; si se es filósofo, no se olvide a Platón; si se apetece la literatura, recuérdese a Goethe;

si se busca el pensamiento grande de los tiempos todos, comiéndose con los Vedas y frecuente el lector la Biblia. ¡Jesús aparte, nadie ha igualado a Isaías!